

# SOLIDARIDAD OBRERA

Portavoz de la Confederación



Nacional del Trabajo de España

PARIS, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1936

ORGANE DE LA C.N.T. ESPAGNOLE (IX REGION)

Hebdomadaira e SOLIDARITE OUVRIERE

PRECIO : 20 frs. Año X. - Núms. 598-599

## ANSELMO LORENZO

### alma viviente de la C. N. T. y del acratismo

LA GENERACION DE 1909

INDUBIABLEMENTE es un poco arbitrario eso de clasificar por épocas el personal que motiva una sucesión de actividades favorables a un cometido de ideas o intereses morales. Las generaciones se entrelazan unas a otras incesantemente, trazando un ritmo indetenible de la vida en hombres y cosas. En los sindicatos obreros, los que entramos jóvenes llamamos militantes de pelo blanco, y cuando nuestro cabello adquiere el color de la ceniza, otros compañeros nos siguen en cuerpo entero y propósitos loables y definitivos.

Pero ocurre que todos andamos al unisono, espiritualmente enlazados, moralmente sobrentendidos, en pos de una causa única, incomparable por su fondo humanitario y justiciero y por su alto quijotesco devenir práctico. Tan seguros estamos de la verdad que nos asiste, que jamás enemigo cabal ha negado, situado ante nuestras mareas realidades, que nuestro ideal de completa emancipación humana, de igualdad social y de amor absoluto a la raza, sea noble y justo. A lo sumo se nos opone el cansancio « es demasiado hermoso para ser posible », canción dormilona que hemos olvidado de puro cansancio y a la cual tenemos opuestas las armas y virtudes como rayos de luz, indestructibles incluso, debido a nuestras realizaciones revolucionarias.

La generación que sube parece descaída la polémica objetiva que nos ha conducido al grado de madurez presente. Tiene el camino desbrozado en razón a una actividad dura, diaria, feroz, que ha alcanzado una duración de 70 o más años. El camino más accidentado está ya recorrido, pudiéndose decir que en facilidades « andriegas » los militantes de hoy están en el llano. Nuestras razones están acreditadas; ellas han sido dadas y, aunque el enemigo finja no considerarlas, las teme. Prefiere conato con el izquierdismo político, con el marxismo, que dejan al Estado inólume, no con nosotros, que deseamos aniquilarlo. Por miedo al ridículo, a quedar en evidencia incluso ante el papanatismo — modernamente tan extendido — nos reserva la dureza y el dolor de las represiones, y cuando no somos fuertes, la incomodidad. Oposición argumental; ninguna que resista serio examen. En cambio, nosotros estamos acodados por la lógica del derecho natural y de los hechos.

La generación del 1909 ha sabido hacer uso de tan incalculable tesoro, en parte fruto de la inquietud de cada uno, en parte superior legado procedente de los maestros que han entrado en nuestra mente y en nuestros corazones; los clásicos del acratismo en primer plano, y luego Anselmo Lorenzo, José Prat, Fernando Tarrida de Amat, Marmol en Cataluña; Ricardo Mella, Constancio Romeo en Galicia; Manó Bejaisterri en Castilla; y Ledó y Román Cortés en Levante; Fermín Salvochea y José Sánchez Rosa en Andalucía; Pedro Vaino en todas partes; Galo Díez y Quintillón Gómez en el Norte; José Gueza, Nicolás Gualarte y Victoriano Gracia en Aragón; Marcelino Belloso en la Rioja; Juan José R. Carrón en La Mancha; Rufino Macho en la Montaña...

De nosotros, los incipientes, puede decirse que hemos aprendido mucho viviendo, actuando y analizando, siempre ayudados por los compañeros experimentados, y espiritualmente por las inteligencias « nacionales » de las señoras; Lorenzo, Salvochea, Mella, Tarrida y los señores de taller y de calle, nada deseados de limitar nuestra actuación en torneos electorales y cometidos individuales, nos aplicamos ahincadamente en la construcción colectiva del anarquismo mediante cursos sindicales, no despreciando nunca el estudio de voluntades personalmente definidas.

Así se explica la sorpresa — para el mundo inane y el que no quiere darse cuenta de la realidad anarquista — de una revolución antimilitarista en el año de 1909, de un practicismo sindicalista libertario en 1913, de la existencia de un « confederalismo » en 1918, 19 y 20 y de un « confederalismo revolucionario » en 1936.

La generación del 1909 ha trabajado de firme. Ha posibilitado la plaza de ensueño, y ha derrotado al comunismo europeo al « poscomunismo » marxista en todas sus acepciones. Incluso en comunista se ha dado mano militar a sus propagadores anarquistas. España, se les ha dado mano militar a sus propagadores colectivistas, lo cual prueba que, como y que podemos, que no signifique una entelequia sino un cuerpo vivo en energías mentales y musculares « digno de aniquilar ».

ANSELMO LORENZO Y FERRER GUARDIA

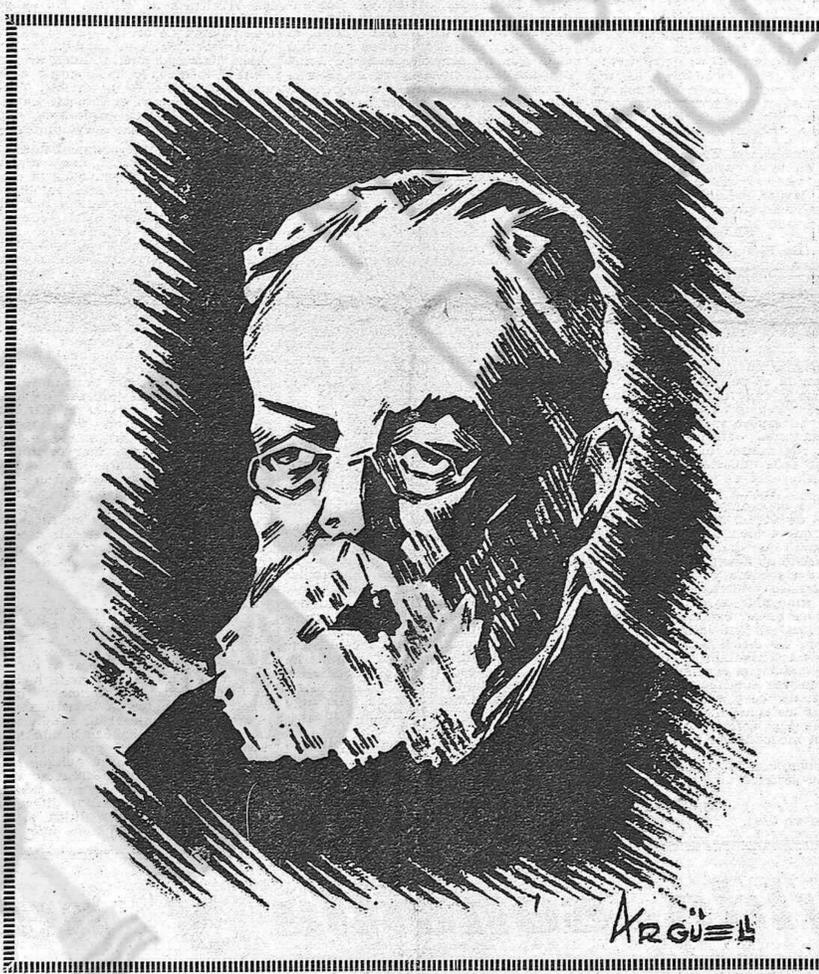
LOS que tuvimos la dicha de conseguirlo en vida, le llamábamos Abuelo. Con cariño familiar, con entraña de seres agradecidos, no como si designáramos un vejeterio. En su presencia nos sentíamos acogidos, aconsejados, a mil leguas de la petulancia, en hogar de auténticas sinceridades. El maestro traía la estima de todos nosotros, incluso de los más adustos, de los caracteres más difíciles y exigentes. Su persona no emanaba autoridad y su palabra ilustraba siempre. Verlo y oírlo era un sedante, un beneficio; hombre no sujeto a fluctuaciones temperamentales, era indicado para disolver pesimismo y reparar los desgastes que en algunos la lucha continua motivaba. Muchos dejaron la vida por el camino y a Lorenzo le cupo ser estrangulado por el asma. Pero no es que la muerte violenta no hubiese revoloteado por sobre su venerable cabeza, ya que en varias ocasiones, frente a la maldad organizada, tuvo la existencia pendiente de un soplo. Como todo combatiente por la idea anarquista, como todo trabajador emancipado que no renuncia a ejercer saludable actividad, el maestro sufrió persecuciones y malos tratos, amén de los pactos del hambre de rigor. Pero él, como nosotros, fué, además de consciente, tesonero. Hombre de estudio, escasamente de calle, no le arredraron las consecuencias del combate. Sabía, como todo

dir a defender los intereses de sus padres entre chumberas; pero por arte reaccionario los únicos soldados previstos para matar en colonias y en defensa del acervo particular de los potentados, fueron los hijos de familias trabajadoras, los que no disponían de 300 duros para librarse del servicio militar, cosa que no ocurría en las casas de los Medinaceli, de los Romanones, de los Maura, de los duques de Tovar, de los ricos todos. El pueblo estaba en derecho de defender revolucionariamente a su prole, cosa que habría hecho igualmente sin la existencia ocasional de la Escuela Moderna, la cual, dicho sea de paso, con sólo siete años de actuación y con un número de alumnos limitado no habría estado en condiciones de provocar un movimiento popular de tan grande envergadura.

Ferrer, revolucionario convencido, lo estaba igualmente de que sin instrucción adecuada los trabajadores no saldrían jamás de su condición de explotados, de votantes, de entes secundarios. Para los niños ideó preparación escolar neutra, esto es, basada en los fundamentos naturales, en los descubrimientos de la ciencia en la posesión del sentido de justicia y en la ignorancia de los dioses. Tal fué, en síntesis, su pedagogía. Para los mayores instituiría biblioteca acogida, servida por una Editorial que lanzaría al mercado de las letras lo mejor que en pensamiento, experimentaciones e historia verídica se hubiese producido. Pero era tan interesante y ardua la empresa, que Ferrer debía asesorarse. Y lo fué por los hermanos Reclus, por Maeterlinck, Parra Javal, Malato, Nicolás Estevan, Odón de Buen, Martínez Vázquez, etc., y en su sede de trabajo barcelonesa por Anselmo Lorenzo y Cristóbal Litrán.

Fruto de la participación de Lorenzo en la obra de la Escuela Moderna lo fué la aparición de los libros « El Hombre y la Tierra » de Eliseo Reclus (obra traducida por el propio Anselmo); « En anarquía » de Camilla Felt; el « ABC » sindicalista, de Georges Ivetot; « Como haremos la Revolución », de Pataud y Pouget; « Tierra Libre », de Grave, y otras lecturas de tendencia sindicalista revolucionaria y ácrata, entre ellas los cuentos ejemplares ilustrados y variados volúmenes comprendidos en la colección « Los grandes pensadores ».

Cuando Ferrer, inspirado por la huelga general de Euzkadi (1902) decidió aprovechar el estado de opinión subversivo de los trabajadores editando un diario (« La Huelga Ge-



ARGUMENTO

## LA MUERTE DEL ANACORETA

por GABRIEL ALOMAR

NO he visto nunca a Anselmo Lorenzo. No conozco, orgánicamente, su producción. Y con todo, su figura de solitario, de contemplativo, me atraía con profunda simpatía. La encuesta demasiado significativa para dejarla desaparecer del mundo sin dedicarle una volandera elegía.

Con él desaparece el patriarca de la acracia española. Su filiación espiritual está entre los severos, y no entre los irónicos. Como la figura de Fermín Salvochea, más aún, como la figura de Luis Múgica, Anselmo Lorenzo era el hombre de las turbas, la candorosa conciencia que atravesaba el rebaño humano llevando como un relicario donde se mostraba, desnuda y simple, una divisa: la IDEA.

Habéis sabido, nunca, vosotros los impuros, cuánta intensidad de divina pureza había, para estos ombres en la palabra transfigurada: la IDEA? Especie de talismán que les liberaba del contacto vil y abría un día las puertas del infierno social a la luz nueva; la Idea era, al mismo tiempo, la vestal sagrada, la esposa voluptuosa que les esperaba en el rincón del diario trabajo, en medio de la ciudad profana y prehistórica. Como israelitas a la espera del Mesías, estos hombres tenían en los ojos una claridad proyectada desde ignorados futuros, y en las manos, al enlazar con otras amigas, una potencia de hermandad y compañerismo en la que cabría toda la tierra. Su

culto no admitía todavía sacerdotes, porque se encontraba en la era primaria de los profetas; no admitía dogmas rígidos, porque era un puro colquio místico con la visión que les acariciaba el alma. Quijotes de una Dulcinea todavía no nacida, esfumada en lejanos tiempos y no ya en el espacio como las princesas encantadas, estos varones ofrecieron a la bondad humana el supremo sacrificio de parecer malvados a los ojos de interesadas y sofisticas burguesías.

El anarquismo! ¿Cuándo se acabará la impresumible historia de esta secta de proscripciones? El mundo vulgar no ha conocido, de todas estas abnegaciones, más que la violencia de algunos alocados, ebrios del vino generoso que no estaba preparado para ellos o la barroca desvirtuación de algunos indignos. Juzgar la escuela por la conducta de los fanáticos es una gran fuente de errores. Condenar, en bloque, al anarquismo por la conducta de los llamados anarquistas de acción, decía un día Anselmo Girard en el Mercure, equivale a condenar el cristianismo por la Inquisición y las dragonadas. Hoy, mientras la nación que las burguesías morales nos presentan como la más moral del mundo, eclipsa desde los aires la consternadora crueldad de los dinamiteros, es simplemente cómico hablar del anarquismo como de un monstruo social.

Herederos del optimismo filosófico, que Rousseau convirtiera de teológi-

co-en humanitario, atribuyendo al hombre una divina cualidad originaria de ingenua bondad, los ácratas continuaron el culto primitivo, arcaico, infantil, de la santa Utopía. Su martirologio es interminable. La más alta figura de nuestros tiempos (y quizá de todos los tiempos) es también quien elevó la doctrina a las más absolutas consecuencias: León Tolstói.

¿Morirá esta doctrina? ¿Ha muerto ya? Esta doctrina no puede morir nunca. En eterna evolución ella ha existido siempre, y existirá bajo infinitas e inagotables formas, porque es la cristalización del espíritu humano; y porque es la dinámica del deseo, las alas de la inquietud simplicísima. El mundo queda allá afuera. El mundo malo, horrible, bestial. Pero — dicen estos anacoretas — nosotros sabemos que un día el mundo será bueno, excelente dulcísimo. El reinado de los cielos. Y sabemos también que desde ahora puede serlo para nosotros.

¿Qué se deberá a los hombres como Anselmo Lorenzo? Tres cosas esenciales y meritísimas: I. — Infundieron un sentido aristocrático, dignificador, en la multitud plebeya, sometida a todas las herencias del esclavaje. Ellos substituyeron por la Idea (elemento intelectual y personal) el culturalismo embrutecedor, mecánico, nivelador. Ellos comunicaban, por primera vez, un alma a las multitudes, en lugar de lo que llamamos los teólogos una lalia. Como si hicieran vibrar no sé qué misterioso diapason delante de las turbas (las turbas amadas de todos los Cristos) despertaron en el instinto del rebaño la melodía dormida, y surgió el coro de la gran tragedia humana.

II. — Enseñaron un bello camino a la marcha de los hombres. — Este camino, se dirá, se ha dicho, no conduce a ningún sitio. — Mejor; será un camino infinito y por tanto un camino de inmortalidades. ¿Qué importa la no existencia del término si la ruta es buena, y nos comunica su bondad? Las almas pequeñas suelen alborotar gritando: ¡ Siempre habrá guerra! ¡ Siempre habrá pobres! ¡ Siempre habrá crímenes! — ¡ Bien! Procedamos como si algún día no hubiera de haber guerra, no hubiera de haber pobres, no hubiera de haber crímenes. Trabajemos para conseguirlo. Tal es la fórmula que estos visionarios nos quisieron dar. ¿Es esto ser negativos? Todo lo

contrario. Jamás se habrá hecho una más poderosa afirmación. ¿Quién sabe si nuestra fe removerá las cosas que parecen inmóviles? No hay peor utopía que la que niega la posibilidad de las utopías, dictando leyes al porvenir. Si los Mesías fracasan es porque los hombres no son dignos de ellos. Pero la doctrina brilla como un faro, como guía para los que afirman que la doctrina fracasa porque hay infractores, equivale a afirmar que la justicia fracasa porque hay ladrones y asesinos.

III. — Dieron un ejemplo de fuerza desinteresada, laica, sin obligación ni sanción, desconocedora de la atracción Conlevaron un jardín interior, donde embellecieron el árbol humano, contra la naturaleza de las cosas. En el granito que circundaba aquella morada, se estreñó la maldad de los que les acusaban; en nombre del bien! Y ellos, a conciencia de que, como Moisés, no venían la tierra prometida, desinteresadamente enamorados de la tendencia más que del fin, atravesaron la vida como Caballeros de la Ilusión, entre gritos insultadores e hileras de puños amenazadores. Y cuando la muerte piadosa les cerró los ojos dulcemente alucinados, el mundo, entre arpenido y aliviado, dijo sarcásticamente sobre la tumba: — Oh, era un santo hombre!

(De « La Campana de Gracia ».)

libertario que analiza su situación y las probables consecuencias antes de meterse en liza, que en anarquía nunca se triunfa definitivamente porque lo definitivo es el fin, el estancamiento y, por consiguiente, el retroceso. Sabía eso y lo que es grave: que la sociedad no perdona al contrincante que lo ataca a fondo, que no le promete ni un resto de supervivencia, que no transige en la refriega social porque transigir es claudicar, ceder terreno, diluir convicciones, quedar enredado en la hiedra de una neutralidad imposible, toda vez que en socialismo se es anticapitalista, antiestatista, o se es algo o mucho de eso. La autoridad monetaria, armada e hisopada todo en una pieza, soborna, respeta y bendice con frecuencia a los estamentos obreristas a fin de que, desde ellos, se « socialice » la tontería, la ilusión del poder político proletario, la convicción de que rodar la noria y montar al tío vivo lleva lejos... en tanto pasan años, décadas, y siglos, sin substanciales variaciones, en un engorroso conformismo que el ácrata no tolera y reprimina, y al cual afronta, a sabiendas de que pagará caro porque el enemigo no perdona, mas con el contento de obtener una victoria cada vez que consigue rasgar el pútrido silencio, despertar una conciencia, arrancar un gaje económico para los explotados, azorar a los bienhallados con sacudidas revolucionarias.

neral », consultó, como era su costumbre en casos parecidos, al maestro Anselmo Lorenzo. Siempre deseoso de impulsar y de realizar obra práctica, éste aceptó la idea ferrerista de publicar un cotidiano sindicalista, a cuyo frente se encontró junto con un compañero de aluvión apellidado Clará. Andando el tiempo, ese hombre se atascó en el lerrouxismo. Lorenzo, siempre él mismo, continuó envuelto en la palestra libertaria, con o sin diario, con o sin semanario, con amigos o sin ellos. Conducía fruto del hombre convencido. Transfugas los ha habido siempre: el propio Joaquín Mir, con el cual se trataban de hermanos. Pero no Juan Moles, su compañero de calabozo en Montjuich; ni Ferrer y Guardia, fusilado como Motes en el propio Castillo. La moral reside en el hombre, aunque a ejemplares de éste los pierda la carencia de temple.

Litrán trató de republicanizar en la Escuela Moderna. Trabajo baldío. Ferrer era indomito y Anselmo velaba. Seguro de la tolerancia del fundador de la casa — que utilizaba a todos — Litrán le amargó la existencia a su compañero de trabajo. Se dijo, a causa de ello, que Ferrer utilizaba a Anselmo como obrero. Pero de la labor substanciada resulta la conclusión siguiente: el pensamiento libertario y la teoría del sindicalismo revolucionario tuvieron manifestación a través de la Escuela Moderna; no así el republicanismo, que el pedagogo racionalista consideraba trasnochado.

Pero aparte de la influencia lorenscita, Ferrer había conocido personalmente, durante sus largas estancias en España, a los Pellouzer, Lafargue, Griffuelhes, Ivetot, Pouget, verdaderos fundadores e impulsores de las Bolsas del Trabajo (federaciones locales), de cuya inspiración y desarrollo se hallaba capacitado. Indefinido, al parecer, en punto de ideas, lo era la suficiente en concepciones revolucionarias. Quizás de los restos del republicanismo clásico quisiera apurar la última gota de revolucionarismo; quizás la orientación irreligiosa de los grandes republicanos del siglo XIX le mereciera aún profunda estima, lo que explicaría su amistad con José Nakens y Cristóbal Litrán. Pero Anselmo Lorenzo y el anarquismo pesaron mucho en su ánimo, al extremo de que, a pesar de haber rehuido contacto — en hombre de situación holgada — con anarquistas cargados de proyectos, a Ferrer se le puede considerar estrechamente ligado al movimiento liber-

literario y confederal a través de « La Huelga General », de Solidaridad Obrera, regional precursora de la Confederación Nacional del Trabajo, y de la obra sindicalista revolucionaria de la editorial de la Escuela Moderna. Anselmo Lorenzo estuvo siempre en la obra. Ferrer lo ayudo poderosamente algunas veces.

EL CARACTER DE LORENZO

LOS rivales enconados de Acracia no conocen límite en el ataque insidioso, viéndolo a un Lorenzo suave y refinado, el más capaz de arrojar bombas como sus compañeros nirsuos. Las nubes arrojadas, y lo nairran criticado igualmente, y hasta el patibulo. En rugidos de maldad y caja, la explosión era la anarquía. Decíanle ignorancia de academias y universidades. No es el diploma, « aprobado » lo que ilustra, sino la agudeza propia. O sea que el miedo a perder una situación abusiva empujaba. Hoy parece que las mentes se han clarificado a este respecto, quedando la crítica soez y despiadada del anarquismo al cuidado de fascistas y bocheviques. Lorenzo, con su bondad y euanimidad reconocidas incluso por sus enemigos en el momento de su muerte, no sería mejor tratado por nuestros detractores de ahora, que también le depositarian ramos de olivo sobre su tintero.

Lorenzo era atento y persuasivo. Poseyendo ideas asombraba a los que les parecía tenerlas. Era una réplica formal a los vacíos cargados, no obstante, de preceptos. Un codirector del diario « La Vanguardia » — Gabriel Olives —, hombre inteligente y probado, pero influenciado por el ilusorio sosiego propiciado por el orden social presente, contactó por razones de vecindad con Lorenzo, llegando a ser un asiduo de la Peña hogareña de la calle Casanovas. Bueno de sí, Olives congenio al maestro, pero no lo discutió como discuten las personas con moral e inteligencia. Y esto durante años. Nada nos aconseja afirmar que el conservador Olives se convirtiera al anarquismo; de haberse-lo dicho, habría sonreído negativamente. El fué, sin embargo, el amigo de Lorenzo. Mas, su conducta resultó liberal en extremo, hasta el punto de que en « La Vanguardia » fué sucesivamente postergado a pesar de sus grandes dotes intelectuales. No era ya el hombre, una garantía conservadora, y así se le desdibujó el camino a su probó « empleado » de tantos años, en un pútrido calabozo franquista.

Durante los tormentos de Montjuich (1896) varios compañeros de celda, presas de pánico, firmaron un documento pidiendo gracia para el mes de Marzo. Ofrecido el papel a Lorenzo para que lo firmara, éste, silenciosamente, embadurnó la escoba en el excusado y « firmó » con ella el pataleado documento.

En tiempos de la I Internacional fué consensado el ensayo de un Carlos Marx, Federico Engels y Pablo Lafargue. Querían ganarlo a su causa, o sea a la del desviacionismo socialista. Fírme en sus opiniones y en nombre de la unidad obrera, Anselmo trató de disuadirlos a ellos. Los escucharon, de inicio, con respeto, pero no con inteligencia, y con dolor, insobornable. Pablo Iglesias pilotó en España el viraje político del socialismo según recomendación de sus jefes, en tanto Lorenzo permaneciera fiel hasta su último momento al concepto político y revolucionario del sindicalismo, según enseñanza de sus maestros y amigos Bakunin y Fanelli.

LITERATURA CAUDALOSA

TIPOGRAFO, nuestro buen Lorenzo tenía conciencia del oficio, el cual ejercía, cariñosamente. Era, además, un gramático apreciable. Escribiendo, no era una notabilidad académica, sino un hombre de lo que muchos académicos carecen: estilo impecable y claro, y la substancia que hace a los artículos interesantes. Lorenzo no llenó nunca cuartilla sin dotarla de argumento, de comprobación, de analogía, de referencias para descubrir nuevo recurso. Su pasión fué demostrar que el patrimonio social es común a todos, que la propiedad particular se cimienta en la injusticia, que la autoridad moral es infinitamente superior a la coercitiva. Trabajador infatigable colaboró en toda nuestra prensa con comentarios de actualidad siempre ligados al aspecto eterno de la libertad espiritual y económica del individuo, cometido difícil para las inteligencias medianas entre las cuales nos encontramos, trabajo hacedor para las personas sobrias y talentosas cual lo fuera el maestro.

Sus escritos alcanzarían una cifra elevada en caso de poder ser reunidos, trabajo que al concepto científicamente el semanario « Tierra y Libertad » en 1912 publicándose una recopilación de artículos de actualidad permanente en un libro titulado « Vida anarquista ».

Su producción, intensísima, afectó particularmente a las publicaciones de « Revista Social », « Natura », « La Huelga General », « Tierra y Libertad » y « Solidaridad Obrera ».

Los compañeros jóvenes no conocen a nuestro querido Abuelo, y ello es casi delito. Hay que leerlo y meditarlo, hay que comprenderlo y estimarlo. El supo superarse y superar a sus inmediatos.

Que los inmediatos nuestros se asimilen la lección, es lo que fervientemente deseamos.

JUAN FERRER.

# Recordatorio de ANSELMO LORENZO

## UN VIEJO JOVEN EJEMPLARIDAD (Octubre 1910)

## BENGALAS

**A** PENAS había entrado yo en las lúcnas sociales, se hablaba siempre de él. Ferrer y Oteiza, Francisco Tomás, Ruiz, muertos ya, y otros que todavía viven, me hacían el elogio de aquel propagandista de la buena cepa.

Le conocí personalmente en un Congreso obrero celebrado en Madrid. No volví a verle hasta mucho tiempo después, a mi paso por Barcelona. Mi cariño y mi admiración hacia él me inducen hoy a consagrarle estas líneas.

En alguno de sus libros está reflejada su vida de propagandista en tiempos que yo no he alcanzado. En el momento de la mayoría de los obreros mutantes, y, por tanto, en la mía, presente está su enorme labor como publicista, conferenciante, etc., contemporáneo. Tiene ya muchos años; es viejo y enfermo. Trabaja, como siempre, como vigoroso joven. Es un mozo cuyo sobreabundancia no tiene ejemplo. El dolor no le rinde; los años no le agostan. Tiene una cabeza firme, saturada de lógica, y una pluma viril puesta al servicio de la verdad.

Se dijo de Pi y Margall que era un viejo joven, es más joven de los jóvenes. Caso singular: otra vez se dice de él que no ha dejado pasar momento, circunstancia propicia sin poner al descubierto, con severa crítica, las contradicciones políticas del gran pensador. Se parecen en su vida y en sus luchas por los ideales de justicia como una gota de agua a otra gota. El obrero no tiene gran cosa que envidiar al que fue gobernante, gloria nacional, filósofo profundo, nombre honrado hasta la exageración.

Ahora, en las postrimerías de su existencia, se produce con mayor claridad, con mayor energía, si cabe que en los tiempos de su plenitud. La precisión de su estilo y de sus razonamientos es apastante. Su actividad, insuperable. Sus trabajos originales, sus traducciones, sus conferencias se suceden casi sin solución de continuidad. No se sabe dónde se encuentra un tipo tan activo este hombre singular.

Cualesquiera que sean sus puntos de vista, y, naturalmente, no comparo todas sus opiniones, tienen un mérito particular; es a saber: que están siempre expuestos sin palabras gruesas, de mal gusto, sin consideraciones filosóficas de primer orden, demostrando los absurdos y las injusticias de que está plagada la presente sociedad.

El capítulo octavo, aunque tomado de la realidad, resulta altamente novelesco y de buen género. Muchas de las escenas narradas en el cárcel donde está recluso Justo Vives, pasan en Barcelona en Mayo de 1891, resultando por lo tanto, completamente verosímil la parte novelesca que contiene este capítulo. En el siguiente no presenta Lorenzo un amor de los que en novelas no se estilan por falta de efectos teatrales. Vives y la ex-burguesa se aman sin dramatismo perceptible, a pesar de la situación altamente dramática de ambos; es decir, se aman sin convulsiones nerviosas, al lector a que son tan aticionados los malos novelistas. A nosotros nos sabe a gloria este idilio amoroso sin novelesqueras, que continúa en el capítulo décimo después del episodio de Justo con el seductor de su amada, pues resulta de un sabor realista en el fondo aunque con la forma asaz pueril.

Y concluye la obra con el capítulo undécimo, en el cual el desenlace resultaría propio de comedia, o sea con un enlace, si no viniese éste amenizado con la variante importantísima de inaugurar el Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros, donde van a contraer matrimonio libre el anarquista Justo Vives, cu-

por Federico Urales

mente el elogio de un compañero. Quebranto algo que es habitual entre anarquistas; y algo que es parte esencial de mis propias ideas. No importa. Se trata de un viejo joven, joven entre los jóvenes, cuya obra bien vale la justicia que le hago. Este viejo joven, amigo apenas tratado, con quien no hablé arriba de dos veces, se llama — y la sola enunciación de su nombre explicará mi conducta — se llama, digo, Anselmo Lorenzo. Que él me perdone el mal rato que le doy.

(Almanaque Revista Blanca 1904.)

## Un hombre menos

**A**NSELMO LORENZO, bien conocido de todo el proletariado mundial, era dentro de la sociología de las ideas avanzadas y de la anarquía, lo que el conseqüente Pi y Margall era dentro de la república y del federalismo.

Desde el 23 de febrero de 1896, en que lanzó un manifiesto desconocido el valor efectivo de las palabras «हितante ciudadano», y considerando como unidad social al «productor», hasta ahora, han mediado veintiocho años de vida intensa y de labor fructífera para la emancipación humana, manteniéndose siempre evolucionante a través de la vida, formando parte del núcleo de su temperamento y la integridad de su carácter.

Fue un correcto escritor, un publicista de reconocida competencia. Fundó y contribuyó a fundar intimidad de periódicos y revistas.

Tomó parte activa en los primeros Congresos obreros celebrados en España, formando parte del núcleo de los organizadores de aquella Federación Regional que tanto contribuyó a levantar el espíritu de asociación y rebeldía de los trabajadores españoles.

Anselmo Lorenzo fue el íntimo amigo de la persona de confianza de Francisco Ferrer y uno de los más abnegados colaboradores de la Escuela Moderna, a la que dedicó los últimos esfuerzos intelectuales con el criterio claro y lúcido del hombre razonador. En la Biblioteca de la Escuela Moderna, entre las cuales es de notar la de la magna obra de Eliseo Re-

...Calle Casanovas, 32...

**E**SCALERA a media luz. En aquellos tiempos la electricidad no era aún artículo para clases humildes. Kellano de antigua casaca de dos plis. Y en el segundo, una vivienda sin las comodidades que el progreso brinda a todos los mortales que contribuyen con su esfuerzo al crecimiento y al embellecimiento de una ciudad como Barcelona.

Entramos previa llamada queda. Nos abre una mujer de media edad. Aspecto de bondadosa simpatía y trato atrayente. Confiada. Sabe que si fuera la policía, de todas maneras sería inútil la resistencia. Pero

por Hermoso Plaja

se trata de un mozalbete que el año anterior había ido al abono de la ópera. No obstante, no obstante, ante nuestra admiración luchador. Y nos quedamos mudos. Pero nos reconocemos y pregunta: «¿Qué tal? ¿Cómo es tu padre?». Semi corridos contestamos a la pregunta y nos da un buen abrazo. Nos hace sentar en suiza de enca. Nuestra mirada recorre la pared frontal de la humillísima habitación. Vemos tres retratos a mediano tamaño, con dedicación. Las engines de Kropotkin, Kropotkin y Sakunin forman la guardia en ese rincón, como si velaran por la continuidad del pensamiento que un su alma. Recordamos hace tres años, cuando era más álgido el movimiento obrero en España, que en algunos sitios estallaba la huelga general, él, viejo y achacoso, pero joven por la fuerza del ideal, fue a Madrid a dar en el teatro Barbieri una conferencia que público enorme, reunido allí muchas horas antes, escuchó como si hablara un profeta.

Y lo era: tenía toda la emotividad de los vates; la constancia de los empujados redentores, la acometividad de los tesoneros luchadores, los ojos severos y buenos, como de buen viejo carifoso y patriarcal, cuyas palabras levantaban ideas, cuyos gestos despertaban amor.

Su amistad con Ferrer, su colaboración en la Escuela Moderna, también le valió un destierro afrentoso de que Maura y Lacierva fueron los principales inductores.

SAMUEL TORNER.  
(De El Pueblo, de Valencia.)

ros de su época; el viejo Barrera, (Martín); Eizbe, Esteban, Boix, Herreros, otros que no recordamos.

En este día, afirmó las consecuencias que de la guerra recién declarada se derivarían. Y no erró un milímetro; la restricción de las libertades y el aborregamiento de los pueblos, que, fiados en los líderes políticos, seguirían a la roca tarpeya de la opresión, fueron afirmados al término de la contienda.

Fue un vidente. Y nunca quiso sumarse a la desgraciada actitud de los 14, ni — por ello — dejó de estimarlos. Fue, además, un varón generoso de virtudes. Y para nosotros, el gran maestro, cuyas enseñanzas hemos procurado no echar en olvido.

## UN HIJO DEL PUEBLO

(Viene de la cuarta página.)

El proletariado mundialmente ha asimilado aun muy poco en general de la sustancialidad ideológica de los grandes sembradores de ideas libertarias. Viven y se debate todavía, a pesar del progreso científico, técnico y cultural en abismos de confusión y hasta de ilustrada y pretensiosa ignorancia. Las ideas viven en pequeñas minorías, en conscientes individualidades, pero lento es su progreso, su penetración entre las masas, entre las multitudes explotadas y desorientadas. Están éstas embuidas de sentido conformista, de sancho-pañismo grosero; se adaptan al medio, al mal vivir o asimilan el bajo vivir de la baja mentalidad burguesa. Están también podridas y metalizadas en zonas inmensas y son reacias a todo esfuerzo renovador. Esas masas a que nos referimos no vibran. No se paran en movimiento. Esperan el maná o la palabra de orden. Que se les sirva la redención con bandeja. Su conciencia llama al jefe, al líder, al dirigente; lo crea, lo hace surgir como una plaga. Esto es lo terrible. Y sobre esto descansa el Moloch estatal, descansa el Moloch capitalista. Por eso se perpetúan las servidumbres.

La voz de los internacionalistas sinceros, probos, tan clara, tan leal, tan sincera, no ha sido escuchada ni comprendida, pese a ser muy inteligible por millones de trabajadores obreros, vegetan aborregados, o alejados de todo principio de organización militante en la batalla social y humana a librar para derrocar tiranías y privilegios. Sin embargo, en España, aquel puñado de internacionalistas que se llamaron, entre otros, Anselmo Lorenzo, González Morgado, Ribau, Donadeu, Cano Martínez, dieron vida a la Federación Regional Obrera, Sección de la Internacional, de gloriosa memoria, con el apoyo de centenares de voluntades activas, humildes y anónimas la inmensa mayoría. Fueron los forjadores de la SOLIDARIDAD OBRERA en suelo español, de esa palanca de Arquimedes moderna, capaz de transformar el mundo. Fueron los precursores de nuestra gran Confederación Nacional del Trabajo, obra de la conciencia obrera y libertaria militante, fiel al espíritu de los primeros internacionalistas, organismo el más vital, el más dinámico, el más enraizado entre la clase trabajadora española y el de más porvenir.

Para mí, personalmente, hoy, rebase ya la curva de los 50 años, Anselmo Lorenzo sigue siendo un maestro querido, un amigo dilecto, mi vida siempre a reflexionar y me enseña algo. Es estímulo en la lucha; en ese combate que el hombre libra, rebelándose contra la injusticia y la tiranía, para mejorar la condición y la suerte de los demás hombres al mismo tiempo que la propia, sin perder nunca la esperanza, aunque haya tantos motivos para desesperar viendo como todavía los inmensos rebaños humanos, aun en estadios diferentes de evolución social y política, siguen siendo esclavos y esclavos más pro-

**C**ORRIENTEMENTE, a los hombres nos indispone una opinión adversa a la nuestra, o un criterio desfavorable a nuestra persona. Único dato cual en el mundo es el puesto que sin ni el mundo no existe, o deja de existir — no admite opiniones que desmerezcan o contradigan, cargándonos de tra o desprecio siempre — el atrevimiento o la irreverencia del «estúpido ese» o de aquel asno que se atreve a rebuznarnos...

Por suerte, a las personas, por malas que seamos, nos queda un flaco infantil que no eliminamos por ignorar su existencia. Estamos «al cabo de la calle», nos interpretamos «más listos que el hambre», y el

irón de ingenuidad que nos queda en la época de los panales nos da el carácter hasta la muerte al pequeño nuestro. Lo ingenio — eso nos hermosos — nos ojea y lo repetimos porque en nuestro uso vulgar, terpretamos que ingenuidad es torrida beatería, en fin, que si alguna vez somos buenos no nos cuenta, siendo esta bondad — ingenuidad — que justifica nuestra permanencia en el mundo. Con la añadadura de que es gracias a esta conación que es gracias a ella que a veces creamos, que nos y a quien? Al hombre inteligente y ejemplar que sabe ser serio sin ser pomposo, sin osentario; al ser mordazmente superior que nos sorprende con sus inconsecuentes defectos; al sujeto centrado que aconseja sin gusto, pretensión ni humillación alguna.

Persona elegida de esos lo era Anselmo Lorenzo. Por cosas, desde luego ocurridas, nuestro viejo le mereció ser blanco de muchos capuzos avinagrados, mas lo cierto era que el buen Lorenzo gozaba de la estima, o cuando menos del respeto de todos. Irreconocidamente ponía orden y reconciliaba a descomulgados por justicias «graves» que no habían merecido. Era un tesoro de cordialidad, el viejo, y a su influjo la amabilidad renuncia; y la ponderación; y la sonrisa de niño que aún nos queda, por cierto demasiado escondida, mostraba, y mostraba, que se nos trate de bobos.

Yo, que tengo amor propio como todo bicho humano vivo, tengo también pluma empuñada de tinta desde hace muchos años. Mi amigo más querido me escribía versos, claro está que ambarados. Un año más, y héteme ya anarquista, condición que me hizo arrojar el azúcar y adoptar estilo agresivo. ¡Pobre burgués, pobre autoridad, y pobre ira!

Lo que no quiere decir que me irrepentía de aquello, puesto que con no ver lo entonces escrito me basta. Yo escribo de cualquier entretenimiento la ingenuidad que queda, que no es nimio tesoro.

Lo que no debería haber hecho es arrojar composición versada — más o menos versada — a la humareda de Lorenzo, y menos haber tenido el imperdonable atrevimiento de recomendarle mi copia producción «para mejorar el próximo Almanaque». Fobre de mí, o pobre de aquel chico, que se acordó más aún la situación de la familia proletaria declarada tuberculosa a la madre, inconsciente alcohólico al padre, presidiados los hijos y ramerus las hijas y sin cobrar el alquiler al casero, todo ello lo repito — en verso irriado, o con irriación sin verso, con la pretensión de haberse a la humanidad y sin idea de hacerle perder el tiempo a Lorenzo, que lo perdió, que no perdió el talento, y que perdió quinientos céntimos del sello para decir a mí que en mi opinión que dejara dormir a mi Musa, que estudiara la prosa, y al vez algún día conseguiría hacer cosa buena, pero lo más de ello amablemente dicho, excelentemente aconsejado, como un padre que acaricia a su hijo al mismo tiempo que lo reconviene por una inconveniente travessera.

Guardé la carta orgullosa de haberla recibido. Pero no la mostré a los amigos, uno de ellos anarquista de diez años de edad. Les hablé de la misiva, sin papel al canto.

Pero, si un burión como hay tantos se ocupa de mi tira para estropearla a risotada pública, seguro que lo peleo.

Ante el amado viejo siempre habría sido niño; ante el cafrismo, cafre y medio.

Seguro. — F.

## LITERATURA OBRERISTA

(Viene de la cuarta página.)

dad, pero de que están plagadas muchas novelas, o por inexperiencia del autor en esta clase de trabajos o por seguir la corriente de proporcionar al lector rüetes impresiones, aunque peguen de exageradas, para emocionarle. No obstante, en este capítulo séptimo, que conceptuamos defectuoso de la obra, hay consideraciones filosóficas de primer orden, demostrando los absurdos y las injusticias de que está plagada la presente sociedad.

El capítulo octavo, aunque tomado de la realidad, resulta altamente novelesco y de buen género. Muchas de las escenas narradas en el cárcel donde está recluso Justo Vives, pasan en Barcelona en Mayo de 1891, resultando por lo tanto, completamente verosímil la parte novelesca que contiene este capítulo. En el siguiente no presenta Lorenzo un amor de los que en novelas no se estilan por falta de efectos teatrales. Vives y la ex-burguesa se aman sin dramatismo perceptible, a pesar de la situación altamente dramática de ambos; es decir, se aman sin convulsiones nerviosas, al lector a que son tan aticionados los malos novelistas. A nosotros nos sabe a gloria este idilio amoroso sin novelesqueras, que continúa en el capítulo décimo después del episodio de Justo con el seductor de su amada, pues resulta de un sabor realista en el fondo aunque con la forma asaz pueril.

Y concluye la obra con el capítulo undécimo, en el cual el desenlace resultaría propio de comedia, o sea con un enlace, si no viniese éste amenizado con la variante importantísima de inaugurar el Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros, donde van a contraer matrimonio libre el anarquista Justo Vives, cu-

yo nombre y apellido simboliza su modo de vivir dentro la actual sociedad, con la ex-burguesa Pepita, seducida por uno de su clase y «elevada a la dignidad de proletaria, tanto por sus propias virtudes como por el amor del que va a ser su esposo».

Que Justo Vives pueda tener defectos como obra literaria, maxime siendo engendrada al calor de la exaltación de una idea, no cabe dudarlo. Desde el momento de los reconocidos defectos en el diálogo, que escasea con abundancia para trama novelesca, tanto como la narración, aunque brillante, supera los límites propios de esta clase de obras. Más, aunque esto constituyera un defecto, que teniendo en cuenta que el autor brilla como más narrador de ficción, creemos no lo constituye, el solo hecho de llevar por los obreros la cuestión social a la novela como ya se ha llevado al periódico, al folleto, al libro y al teatro, constituye para nosotros un mérito innegable, aparte de los que pueda tener la obra en la buena exposición y entusiasta defensa de justos ideales. Manifestada la cuestión social como problema de ficción, no es dar prueba de valor ni de talento huir de ella, como ha hecho la Academia de la Lengua española no incluida en su Diccionario la voz sociología, ya tan generalizada en el mundo científico y aun en el vulgar, sino estudiarla y presentar las soluciones que se crean por precedentes, como hace el compañero Lorenzo y hacemos todos los que del modo de ser de la sociedad nos preocupamos.

Tal es el libro de Lorenzo, con cuya publicación no vacilamos en afirmar que se hace un gran bien a la clase trabajadora.

J. LLUNAS.

Barcelona, 1.º de Mayo de 1893.

## Una vida sencilla y heroica

**L**OS que llevamos una vida de lucha y de sufrimientos, parece que debiéramos permanecer insensibles a los grandes dolores. Y no ha sido así. La muerte de Anselmo Lorenzo, del que compartí todos sus amores entre su familia y «Tierra y Libertad», nos ha dejado anonadados. Con lágrimas iba regado el hermoso ramo de rüores que sobre el féretro le orrendamos. Porque creyendo no era para nosotros un desconocido; era el maestro sin cuyo apoyo nunca creíamos seguros en el camino que teníamos que recorrer con esta hoja que para nosotros, lo mismo que para él, era algo que formaba parte de nosotros mismos.

Y así tenía que ser, porque Lorenzo era la representación más elevada de la sencillez, del genio y de la actividad. Los reveses y las persecuciones que sufriera en vida, sólo sirvieron para aumentar conocimientos al saber y para perfeccionar al hombre en los azares del vivir. Y el genio y la voluntad no son más que maestro, hacer brotar la vida donde quiera que uno ponga los pies; convertir en fuente de acrecentamiento propio todas las contradicciones; escribir una página diaria de amor y de justicia en el libro de la existencia con nuestras palabras y nuestra vida.

Anselmo Lorenzo ha trabajado y luchado toda su vida por un ideal de justicia. Fué eternamente joven y optimista. Su pluma sonreía siempre; sus labios también. Aun sonreía con nosotros horas antes de morir, cuando nos parecía que el peligro estaba más lejano.

Querido maestro! ¡Inolvidable compañero! Que tu recuerdo no sirva de freno si en las horas supremas de la lucha nos sentimos invadidos por la debilidad.

Tuiste grande, porque fuiste justo y bondadoso. Los que sentimos orgullo de que nuestros anónimos escritos figuraran junto a los tuyos bajo el sublime lema que ostenta esta hoja, debemos también aspirar al orgullo de que el proletariado mundial nos reconozca como los fieles continuadores de tu obra.

Anselmo Lorenzo nació en Toledo el 21 de abril de 1841.

Muy niño aún, apenas cursada la enseñanza elemental, su familia lo trasladó a Madrid, en calidad de becario de un establecimiento de cerería de un tío suyo, donde le esperaba un seguro porvenir. No se amoldaba su carácter al sistema comercial del regateo, ni al cálculo de pérdidas y ganancias y abandonó el establecimiento para ingresar de aprendiz en una tipografía de Madrid. No tardó en imponerse a la atención de sus compañeros de trabajo, por su rectitud, por su seriedad, por su carácter. El prurito de saber, el ansia de adquirir conocimientos le dominaba.

Su espíritu no podía adaptarse a las tendencias de su época. Movido por el afán de descubrir horizontes más anchos que ofrecer al vuelo de su entendimiento, consagró todos sus ojos al estudio.

En su larga vida pasó en su ánimo la duda sobre el valor del federalismo, en cuyo campo militaba, e hizo que el joven Lorenzo fijara, por primera vez, su atención en los problemas económicos.

Comprendió que «aquella igualdad política que él explicaba en sus artículos era una mentira, manifiesta ante la desigualdad económica».

Había recibido la primera impresión revolucionaria. Pero era incompleta. Había vislumbrado un principio sobre el cual no podía pronunciarse. Le faltaban elementos de juicio. Las obras que hubieran podido facilitarles escaseaban en España. Sin embargo, pudo hojear algunos libros de Proudhon y de Fourier, y en ellos encontró una parte de lo que para orientarse definitivamente le hacía falta.

En este Congreso, Lorenzo fué nombrado por unanimidad miembro del Consejo Federal de la Región Española.

Contribuyó poderosamente a organizar el proletariado portugués.

Lafargue fué el primero que por Marx en busca de un hombre que en España secundara sus planes. Entrevistó con Lorenzo que, no sólo rehusó los ofrecimientos que aquel le hizo, sino que le enseñó el camino.

Desde el Parlamento se escupió al rostro de los hambrientos.

Se veía claramente que los dominadores estaban dispuestos a anegar en sangre las esperanzas y las rebeliones de los esclavos que querían emanciparse. La Internacional iba a ser declarada fuera de la ley.

Contra los propósitos liberticidas del gobierno, una sola voz potente, aún se levantó en tumultuoso choque de las pasiones, sacudiendo con violencia España entera. Fué la de Anselmo Lorenzo, declarando solemnemente:

«Si a la Internacional se le declara fuera de la ley, la Internacional declarará la ley fuera de la razón y de la Justicia.»

Esta etapa — sin duda alguna la más movimentada de su vida — fué sellada con la aparición de «El Proletariado Militante», donde se condensó su actuación en la lucha obrera como explotado y en el movimiento social como pensador.

Procesado en 1896, a raíz de la bomba de Cambios Nuevos, fué conducido a Montjuich en compañía de Ferrer.

«Aproveché siempre todas las ocasiones para mantener la firmeza de su carácter. En Montjuich se negó a firmar la petición de indulto. Deportado en 1897, se refugió en París, donde trabó relaciones con Malato, con Charles Albert y otros.»

Desde allí trabajó con ahínco para fundar con su esfuerzo los gérmenes revolucionarios que la represión favorecía, hasta que una amnistía le permitió volver a España.

El nombre de Lorenzo a su regreso de París, más salvado las fronteras, de sus volúmenes, se abre paso rápidamente.

A éste siguen «Via Libre», «El Pueblo», «Vida Anarquista»...

Contribuyó poderosamente a organizar el proletariado portugués.

Lafargue fué el primero que por Marx en busca de un hombre que en España secundara sus planes. Entrevistó con Lorenzo que, no sólo rehusó los ofrecimientos que aquel le hizo, sino que le enseñó el camino.

Desde el Parlamento se escupió al rostro de los hambrientos.

Se veía claramente que los dominadores estaban dispuestos a anegar en sangre las esperanzas y las rebeliones de los esclavos que querían emanciparse. La Internacional iba a ser declarada fuera de la ley.

Contra los propósitos liberticidas del gobierno, una sola voz potente, aún se levantó en tumultuoso choque de las pasiones, sacudiendo con violencia España entera. Fué la de Anselmo Lorenzo, declarando solemnemente:

«Si a la Internacional se le declara fuera de la ley, la Internacional declarará la ley fuera de la razón y de la Justicia.»

Esta etapa — sin duda alguna la más movimentada de su vida — fué sellada con la aparición de «El Proletariado Militante», donde se condensó su actuación en la lucha obrera como explotado y en el movimiento social como pensador.

Procesado en 1896, a raíz de la bomba de Cambios Nuevos, fué conducido a Montjuich en compañía de Ferrer.

«Aproveché siempre todas las ocasiones para mantener la firmeza de su carácter. En Montjuich se negó a firmar la petición de indulto. Deportado en 1897, se refugió en París, donde trabó relaciones con Malato, con Charles Albert y otros.»

Desde allí trabajó con ahínco para fundar con su esfuerzo los gérmenes revolucionarios que la represión favorecía, hasta que una amnistía le permitió volver a España.

El nombre de Lorenzo a su regreso de París, más salvado las fronteras, de sus volúmenes, se abre paso rápidamente.

A éste siguen «Via Libre», «El Pueblo», «Vida Anarquista»...

Contribuyó poderosamente a organizar el proletariado portugués.

Lafargue fué el primero que por Marx en busca de un hombre que en España secundara sus planes. Entrevistó con Lorenzo que, no sólo rehusó los ofrecimientos que aquel le hizo, sino que le enseñó el camino.

Desde el Parlamento se escupió al rostro de los hambrientos.

Se veía claramente que los dominadores estaban dispuestos a anegar en sangre las esperanzas y las rebeliones de los esclavos que querían emanciparse. La Internacional iba a ser declarada fuera de la ley.

Contra los propósitos liberticidas del gobierno, una sola voz potente, aún se levantó en tumultuoso choque de las pasiones, sacudiendo con violencia España entera. Fué la de Anselmo Lorenzo, declarando solemnemente:

«Si a la Internacional se le declara fuera de la ley, la Internacional declarará la ley fuera de la razón y de la Justicia.»

Esta etapa — sin duda alguna la más movimentada de su vida — fué sellada con la aparición de «El Proletariado Militante», donde se condensó su actuación en la lucha obrera como explotado y en el movimiento social como pensador.

Procesado en 1896, a raíz de la bomba de Cambios Nuevos, fué conducido a Montjuich en compañía de Ferrer.

«Aproveché siempre todas las ocasiones para mantener la firmeza de su carácter. En Montjuich se negó a firmar la petición de indulto. Deportado en 1897, se refugió en París, donde trabó relaciones con Malato, con Charles Albert y otros.»

Desde allí trabajó con ahínco para fundar con su esfuerzo los gérmenes revolucionarios que la represión favorecía, hasta que una amnistía le permitió volver a España.

El nombre de Lorenzo a su regreso de París, más salvado las fronteras, de sus volúmenes, se abre paso rápidamente.

A éste siguen «Via Libre», «El Pueblo», «Vida Anarquista»...

Contribuyó poderosamente a organizar el proletariado portugués.

Lafargue fué el primero que por Marx en busca de un hombre que en España secundara sus planes. Entrevistó con Lorenzo que, no sólo rehusó los ofrecimientos que aquel le hizo, sino que le enseñó el camino.

Desde el Parlamento se escupió al rostro de los hambrientos.

Se veía claramente que los dominadores estaban dispuestos a anegar en sangre las esperanzas y las rebeliones de los esclavos que querían emanciparse. La Internacional iba a ser declarada fuera de la ley.

Contra los propósitos liberticidas del gobierno, una sola voz potente, aún se levantó en tumultuoso choque de las pasiones, sacudiendo con violencia España entera. Fué la de Anselmo Lorenzo, declarando solemnemente:

«Si a la Internacional se le declara fuera de la ley, la Internacional declarará la ley fuera de la razón y de la Justicia.»

Esta etapa — sin duda alguna la más movimentada de su vida — fué sellada con la aparición de «El Proletariado Militante», donde se condensó su actuación en la lucha obrera como explotado y en el movimiento social como pensador.

Procesado en 1896, a raíz de la bomba de Cambios Nuevos, fué conducido a Montjuich en compañía de Ferrer.

«Aproveché siempre todas las ocasiones para mantener la firmeza de su carácter. En Montjuich se negó a firmar la petición de indulto. Deportado en 1897, se refugió en París, donde trabó relaciones con Malato, con Charles Albert y otros.»

Desde allí trabajó con ahínco para fundar con su esfuerzo los gérmenes revolucionarios que la represión favorecía, hasta que una amnistía le permitió volver a España.

El nombre de Lorenzo a su regreso de París, más salvado las fronteras, de sus volúmenes, se abre paso rápidamente.

A éste siguen «Via Libre», «El Pueblo», «Vida Anarquista»...



